

# Luz Aurora Pimentel

## A cincuenta años luz

Aline Pettersson

*Tú no le debes seda al gusano, ni a las bestias la piel,  
ni a las ovejas la lana, ni al gato de algalia el perfume.*

SHAKESPEARE, *El rey Lear*,  
traducción de Luz Aurora Pimentel

Un muy famoso gobernante nos presentó a ella y a mí hace muchas décadas precisamente en esta misma facultad. Pero el rey enloquecía mientras Luz Aurora irradiaba gran ánimo vital y conocimiento shakespeariano. Bueno, eso me pareció entonces, porque después entendí que su sabiduría abarca un buen número de autores, de lenguas, de miradas. Y de su profundidad, junto con su larga amistad, yo me he beneficiado. Para esta celebración, vestida, calzada y perfumada (me parece que con Dior no fijado con lo que secreta el gato de algalia), tendría ella que decirle a Lear que no le debe más que a su entrega amorosa a la literatura, a sus obsesiones teóricas, a sus análisis con escalpelo y lente estereoscópica que supongo debe de haber mandado fabricar, hace muchos años en un pedido único y seguramente carísimo, a Zeiss.

Un buen día, Luz Aurora empacó sus bártulos y se fue a Harvard; y, al cabo de un doctorado, volvió garsosa y entusiasmada. Me invitó a su seminario sobre Proust y acepté de inmediato, puesto que desde que cayó en mis manos *En busca del tiempo perdido*, por ahí de los años sesenta, me fascinó tal como lo sigue haciendo hasta la fecha. Ya no fue el salón grande perfectamente lleno de estudiantes, sino uno pequeño para los fanáticos de Marcel. Pero hete ahí que aquel estado de ánimo que yo esperaba y que ofrecen las epifanías proustianas según Luz Aurora —“Y de pronto el éxtasis, la posibilidad de animación, de verdadera *irradiación* del recuerdo, del des-

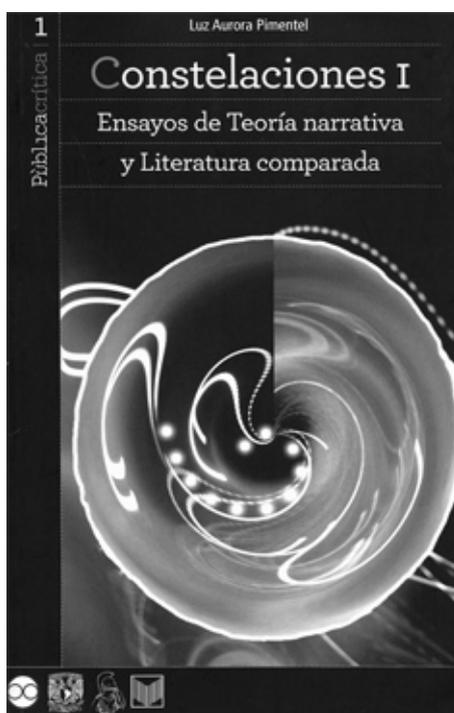
pliegue interminable del relato: es la experiencia de la magdalena, portentosa taza de té de donde surge todo Combray y, tal vez, una parte considerable de la obra”— cambió para encontrarme con el nuevo lenguaje críptico de la doctora, apoyado en las teorías de Gérard Genette, y que hizo que yo me hundiera en un laberinto insondable. No puedo menos que recordar que, *off the record* frente a una taza de café, podíamos hablar como antes de Proust o Virginia Woolf o Thomas Mann, cuya *Muerte de Virgilio* ilustra uno de los capítulos de *Constelaciones I* y es un *leitmotiv* en uno de los capítulos de mi novela *Las muertes de Natalia Bauer*.

Con el tiempo, bajó de magnitud su infatuación con el léxico que acabó ella bautizando como “mamemas”. Claro que hoy en día aparecen, bajo el aliento de su admirable bagaje teórico, pero ya no lo hacen abrumadoramente. Yo he tenido la

fortuna de que Luz Aurora haya dedicado su atención y cuidado a mi obra. Y, de nuevo, su mirada aguda descubre subtemas semánticos, retóricos: “Si bien la metáfora del tejido alcanza en *La noche de las hormigas* su elaboración estética más acabada, esa imagen está presente en toda su obra en distintos niveles y manifestaciones: estructural, temática y metafórica, entre otras”.

En efecto, confieso que no sólo lo empleo como metáfora sino que me gusta tejer y bordar porque me aligeran el alma. Ahora, pienso que, en el caso de Luz Aurora, además de la mirada estereoscópica, la metáfora pimenteliana por excelencia es, no el telar o el tapiz, sino la plegadera. Ese cuchillito de madera que alisa y pliega y acomoda los papeles de una manera exacta y consecuente con necesidades específicas. Así, las figuras, oraciones, palabras se pliegan y despliegan sobre el papel (ahora la pantalla) para ofrecer más posibilidades del “placer del texto”, llamado así por su admirado Roland Barthes. “Todo pliegue es creación, dicen los maestros del origami”, anota ella en otro momento. Y bien recuerdo tanto su lectura cuanto su evocación del pasaje donde Proust escribe: “Y como ese entretenimiento de los japoneses que meten en un cacharro de porcelana pedacitos de papel, al parecer, informes, que cuando se mojan empiezan a estirarse, a tomar forma, a colorearse y distinguirse, convirtiéndose en flores, en casas, en personajes consistentes y reconocibles...”.

Aunque para Luz Aurora no es el agua directamente lo que informa el papel, sino la plegadera multiplicando y afinando los sentidos escriturales. Es el papel, imprescindible compañía durante décadas de su tarea de docencia, lectura, escritura, el ele-





Luz Aurora Pimentel

mento que la condujo y conduce a su entrañable metáfora sobre los dobleces. “Así el origami se complica y la conciencia en sus infinitos pliegues crea otro espacio...”, y bien sabemos que, entre sus muchos objetos de estudio, el espacio es algo sobre lo que ella ha elaborado extensamente. Es natural, porque no importa cuál sea su interés, Luz Aurora va a abordarlo, no como un cómodo y tristemente obsoleto transatlántico de pasajeros, sino como un submarino de exploración. Porque, entre sus variadas características académicas y virtudes humanas, no me parece que cuente con la de una cómoda superficialidad. No se dedica a contemplar la espuma de los mares, sino los intrincados arrecifes de coral, cuyos brazos se extienden y se plisan.

Siempre me ha sorprendido, como estoy segura que a todos quienes hayan asistido a sus clases, seminarios o conferencias, esta capacidad suya para relacionar los tropos a lo largo de la obra del autor o autora de quien se ocupe. Es una suerte de milagro porque se leen cuidadosamente las páginas en la soledad de cada quien, pero al abordarlas ella, de pronto, como en una noche de luciérnagas, aparecen chispas de luz no percibidas antes por uno. Y eso me lleva a mencionar que Luz Aurora coqueteó, en su adolescencia, con la idea de estudiar medicina. Y, como fue también mi caso, he reflexionado años sobre ello;

me parece que, teóricamente hablando, hay muchos puntos de contacto entre una profesión y la otra. Se precisa de una mirada igual de cuidadosa en un examen clínico, apoyado en la percepción sensorial completa del médico, como en una disección tejido por tejido de la urdimbre textual. Y luego, una capacidad grande para relacionar síntomas hasta el diagnóstico certero del cuerpo. Y luego, una capacidad grande para relacionar tropos hasta la comprensión cercana del *corpus*. Si Luz Aurora hubiera optado, en vez de por el cuchillo de madera por el filo metálico del bisturí, estoy segura de que el resultado sería igual de brillante.

De esto hace ya muchos años; me pidió asistir a mi taller de creación literaria. Gulp, me dije, el desbalance será bárbaro con los demás asistentes. Y claro que ni la cabeza del taller —ergo yo— ni nadie del grupo sabía ni la centésima parte de teoría que ella. Además de que se hizo querer mucho por todos, dejó *un no sé qué que quedó balbuciendo* porque no pudo ser asimilado por el grupo, acotaciones sobre “las frases parentéticas o las expresiones concomitantes con la perspectiva figural”. Durante mucho tiempo hemos recordado con enorme nostalgia su presencia brillante y gentil y su discurso teórico, digamos que muy teórico. En aquel entonces, de hallarle alguien una rima interior, se la señala-

ría de inmediato con el orgullo de haber podido encontrarle un punto débil a la docta tallerista.

Luz Aurora elaboró ahí un espléndido volumen de cuentos, llenos de imaginación, de gracia, y hay alguno en el que ella, a partir de un sencillo ejercicio de clase, desarrolló el relato con una intertextualidad shakespeariana tan bien incorporada que se entretrejía con la anécdota muy suave y sabiamente.

Tomo de un capítulo que escribe sobre *Mrs Dalloway* de Virginia Woolf: “es un intento por capturar la experiencia del tiempo [...], se representan las múltiples capas del tiempo vivido —verdaderas ‘capas geológicas’ de la conciencia”. Esos fueron los cuentos que leyó en el taller y estoy segura de que si un día se anima a publicarlos serán más que bien recibidos, porque, no en balde, su extenso y bien digerido caudal de “mamemas” la llevó a narrar con extrema soltura y magnífica pluma.

¡Muchas felicidades, doctora Pimentel!, que tu sabiduría se irradie desde la temprana aurora a por lo menos cincuenta años luz, en este 2015 que la astronomía ha llamado Año de la Luz, es decir, tu año. **U**

---

Texto leído en el Homenaje a Luz Aurora Pimentel por sus cincuenta años de docencia, en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, el 18 de febrero de 2015.